

A man in a black tuxedo with a white shirt and black bow tie stands behind a woman in a dark, sleeveless dress. They are in a close embrace. The background is a wall with a repeating pattern of gold and brown floral motifs. The bottom of the image features a red border with yellow star patterns.

# Corazón furtivo

VALERIAM ÉMAR

Viuda y con un hijo, Sofía Queen se había visto envuelta en el peor desfalco financiero de los últimos tiempos. Ella había pasado de ser la respetada señora de Steve Truswell a convertirse en la mujer más odiada de toda Inglaterra. ¿Qué podía ser peor que un desalojo, estar sin empleo y tener a la prensa siguiendo sus pasos? Tener que aceptar la ayuda que le ofrecía el hombre que más detestaba.

Andrew Smith, conocido por ser un escrupuloso hombre sin corazón, agotado de su mala fama, decide limpiar su imagen de oveja negra para conseguir que los Smith lo vuelvan a hacer parte de su familia. Y si el precio era tener que ayudar a la mujer más odiada del momento, lo haría.

A Él, mi amigo, todas las menciones

## Prólogo

**A**LZÓ la vista al cielo y observó el sexto piso del edificio, donde su empresa tenía las oficinas. Existían momentos para una persona que marcaban para siempre su vida, y ese era uno de ellos para ella. Su futuro y el de su hijo estaban en juego. Respiró hondo. El portero le abrió la puerta de vidrio y ella lo saludó antes de ingresar. Maldijo a su marido por haberla involucrado en sus negocios y se maldijo a ella por haberle hecho caso. Llamó al elevador y marcó el piso sexto. Se acomodó la falda de tubo e irguió los hombros cuando las puertas se abrieron. La recibió el cartel enorme de la empresa que habían descolgado de la pared. Ella era la modelo que salía sonriendo y asegurando que Sky Green era la mejor opción para un futuro garantizado. Sky Green se dedicaba al servicio financiero y se suponía que cumplía los sueños de las personas si confiaban su capital con ellos.

—Buenos días, señora Truswell —la saludó la secretaria—. La están esperando en la oficina principal.

Trinity, la secretaria, hacía un gran esfuerzo por sonreír. Ella había trabajado en Sky Green hacía más de veinte años y estaba a punto de quedarse sin empleo. Trinity había sido más que una secretaria para Sky Green, ella era quien mantenía el orden en una sala con treinta corredores de bolsas. «*Trinity es la mamá loba*», solía decirle Steve, su difunto marido.

—¿Es raro no oír los teléfonos, verdad? —comentó, mirando los escritorios vacíos.

—Tendremos que acostumbrarnos.

Ella asintió con la cabeza y se dirigió a la oficina de reunión, donde la esperaba su socio, accionistas y abogados. Steve le había dejado el cuarenta por ciento de las acciones de Sky Green y era quien debía tomar la última decisión, aunque no supiera absolutamente nada de finanzas. Pero confiaba en Michel Chandler, el cofundador de la empresa y mano derecha de Steve, y le había pasado esa responsabilidad a él. Ella solo aparecía cuando debía poner la firma. Los siete hombres que la esperaban se pusieron de pie cuando ella ingresó.

—Señora, Truswell —la saludaron ellos.

—Lamento la demora, pero tuve que llevar a mi hijo a la escuela cuando la niñera... —ella cerró la boca. Se dio cuenta que a esos hombres no le interesaba en absoluto su vida doméstica. Carraspeó y añadió—: Ya podemos empezar.

Ellos volvieron a sus asientos y Michel le pasó una carpeta con documentos para que firmara. Sacó sus gafas del maletín y se las puso. Se sintió intimidada cuando fue el foco de las miradas. La mayoría de los que estaban en esa habitación le doblaban en la edad y tenían años de experiencia en el sector financiero. Observó el retrato de Steve y por un momento quiso pensar como él y saber qué decisión tomar. Sky Green estaba en bancarrota y se debía firmar la quiebra de la empresa. Sabía que los que estaban en esa mesa pensaban que ella no era digna de ocupar esa silla. Nunca creyeron que alguien tan joven se hubiera enamorado y casado con un hombre que le había llevado treinta y cinco años de edad. Y las murmuraciones no acabaron cuando tuvo a Tom, su hijo. Tom se había convertido en el hijo de la oportunidad y su pasaporte asegurado al haber cazado a un millonario. Malditas personas idiotas. Ella había amado a su marido. Lo había amado desde el día en que él la contrató para que fuese la nueva modelo para la imagen de la compañía.

Había tenido una ascendente carrera como modelo antes de convertirse en la perfecta señora Truswell y dedicarse por completo a su familia. Extrañaba a Steve y deseaba regresar el tiempo a cuatro años atrás y haber evitado que su marido se subiera al helicóptero en el que perdió la vida al estrellarse. Echó una ojeada a los papeles que Michel le había entregado, a la vez que él le explicaba de qué iba todo.

Alzó la vista y frunció el ceño.

—¿Qué sucederá con el dinero de las personas que confiaron en nosotros si declaro la quiebra? —quiso saber.

No quería que sus clientes perdieran sus ahorros. Su marido se había asegurado de que ella y su hijo no pasaran necesidad por varias vidas, pero las personas que habían confiado en Sky Green no podían decir lo mismo.

—¿Los clientes podrán usar el seguro para retribuir el daño?

El abogado de la empresa unió sus cejas.

—¿Seguro? —repitió.

—Sí, el seguro, Peter —le recordó Michel al abogado—. Nuestros clientes saldrán indelebles de todo esto.

—¡Oh, claro! —Gimió el abogado—. Tú hablas de ese seguro.

—¿Entonces si firmo solo perderemos Sky Green?

Que ya significaba un dolor grande para ella. Steve Truswell había dado su vida por la empresa. Por un lado, agradecía que él ya no estuviera allí para que no viera como su compañía se desplomaba.

Michel le acercó el birome y le sonrió.

—Así es, Sofía —respondió—. Tú solo debes firmar. Steve se ocupó de que no le falte nada a su familia, así que no debes preocuparte de lo que pueda suceder mañana.

Él tenía razón. Confiaba en Michel. Cogió la birome y firmó los documentos. Sky Green estaba en quiebra.

## 1. Mañana será otro día

**E**LIMINÓ otro mail con amenazas que había llegado a su correo. «*Estás muerta perra*» «*Has arruinado nuestras vidas*» «*¿Cómo puedes vivir después de lo que has hecho?*» «*¡Devuelve mi dinero, zorra!*», eran uno de los tantos mensajes que había recibido en los últimos días. Sin mencionar que debía salir disfrazada a la calle para que las personas no la escupieran en la cara. «La financiera Sky Green se ha ido a la quiebra llevándose el dinero de todos sus clientes», eran los titulares de todos los periódicos. «La estafa del año», otro término que también les gustaba utilizar. Michel Chandler le había mentado. Nunca había existido el supuesto seguro. Él se había fugado del país llevándose todos los activos y dejándola a cargo de la tormenta que se venía encima. Había sido una tonta al confiar en él. Se sentía culpable por todo lo que les estaba sucediendo a esas personas.

Ella era la cara visible de Sky Green y nadie le creería que no era responsable de lo que había sucedido. En realidad, se sentía culpable por su incompetencia. Había perdido la empresa, sus cuentas bancarias estaban embargadas, y se había visto obligada a despedir a todos los empleados de la residencia Truswell. No le había quedado más remedio que vender las joyas que su marido le regaló para sobrevivir hasta que todo se solucionara. Todavía quería ser optimista.

Exhaló una bocanada de aire y apagó el ordenador portátil para preparar la lonchera de su hijo y luego llevarlo a la

escuela. Su vida se había ido al demonio y si todavía no había arrojado la toalla, era por Tom. Él solo la tenía a ella. Había perdido a su padre y no perdería a su madre tan fácilmente. Abrió la nevera y sacó frutas, queso, lechuga, tomate, la sobras de pavo que habían quedado del día anterior y preparó un sándwich.

—¡Eres famosa, Mamá! —chilló Tom cuando ingresó a la cocina.

Ella dejó el cuchillo sobre la mesa y se apartó un mechón de pelo de la frente con el dorso de la mano.

—¿Cómo dices?

Él recuperó el aire después de haber corrido y añadió:

—Sales en la televisión, mamá.

Tragó saliva. Su desastre había pasado a un nivel mayor. Había tratado de mantener a su hijo al margen de lo que sucedía a su alrededor.

—¡Te ordené que no vieras la televisión sin mí! —gruñó, aterrada.

El labio inferior de Tom empezó a temblarle.

—Solo quería ver dibujitos —balbuceó.

Trató de tranquilizarse mientras guardaba el almuerzo de su hijo en la lonchera.

—¿Qué fue lo que viste? —le preguntó, a la vez que se hacía la idea de cómo le explicaría todo a un niño de nueve años.

—Una foto tuya en el canal de noticias. Te veías muy linda, mamá. ¿Ahora eres famosa?

Su hijo era el único que podía sacarle una sonrisa en un momento como ese.

—¿Y oíste que era lo que decían de mamá?

Él negó con la cabeza.

—Vine corriendo a avisarte cuando te vi —respondió.

Sintió un gran alivio que él no hubiera escuchado lo que decían de su madre. La mujer más odiada del momento. Ella se le acercó y lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Me estás apretando... —se quejó él.

Le dio un beso en la frente y le acarició la mejilla.

—¿Mencioné que eres lo más importante que tengo?

—Sí.

—Te amo, Tom, y que nadie te haga creer lo contrario, ¿vale?

—También te amo, mamá —repuso con su preciosa carita angelical. Y no solo lo decía porque era su hijo—. Y no estés triste porque quedamos solos en la casa. Puedes dormir conmigo a la noche si tienes miedo.

Que él intentara consolarla hacía que lo amara mucho más. Hubiera deseado solo tener miedo a la oscuridad. Al tener que despedir a todos los empleados que trabajaban en la residencia, la casa había quedado demasiado grande y solitaria. Iba a tener que venderla porque ya no podría mantener sus costos tan altos, aunque ahí tuviese los mejores recuerdos con Steve.

—¿Qué haría sin ti, mi pequeño gran hombre? —Murmuró, llenándolo de besos—. Ve por tu mochila, que debo llevarte a la escuela.

—No me estoy sintiendo muy bien —replicó como si se estuviera muriendo.

Se cruzó de brazos y entornó los párpados.

—No faltarás a la escuela otra vez, Tom.

El apretó los labios.

—Qué mala eres mamá, me estoy sintiendo mal y tú no sientes penas por mí.

No comprendía porqué él se negaba ir a la escuela, cuando antes amaba hacerlo y estar con sus amigos. Su posición como señora Truswell siempre le había permitido algunas ventajas en el club de las madres del instituto: como elegir las temáticas de los eventos, que las madres se pelearan por invitarla a sus casas y que una fiesta sin Tom Truswell, no era una fiesta. Ella se había esforzado para ser la perfecta señora Truswell para que su esposo no se sintiera avergonzado de su mujer más joven.

—Busca tu mochila, Tom —le ordenó.

Se quitó el sombrero y sus gafas oscuras cuando ingresó a la escuela. La directora la esperaba en su oficina. Agradeció haber perdido a los periodistas que la seguían a mitad del trayecto. Desde que se había hecho pública la quiebra de Sky Green, su vida se había transformado en un infierno. Ella era la escoria del momento. Sus actividades en el club de padres era lo único que la ayudaba a distraerse. Le resultó extraño que no la llamaran para organizar los últimos detalles de la obra de teatro que se realizaría en un mes.

Ingresó al despacho de la directora después que golpeó. Helena Fleming era una de las mujeres más aristocrática que había conocido. Al principio ella se había negado a enviar a Tom a una escuela elite para familias adineradas. No había querido que su hijo terminara como un niño malcriado que llegaba a la escuela con el chofer y la niñera. Pero Steve había insistido en que su hijo estudiara en el mismo sitio que él lo había hecho, además su marido hacía grandes donaciones en el instituto. Y como no quería avergonzar a Steve, se transformó en la esposa perfecta para encajar en un sitio lleno de hipocresía.

Ella esbozó una amplia sonrisa.

—Helena —la saludó como si estuviese feliz de verla.

—Señora Truswell —dijo, seriamente, mientras acomodaba unos documentos sobre el escritorio—. Tome asiento, por favor.

Se sorprendió que la directora ya no la llamara por su nombre de pila. Ella ponía una mejor cara cuando le traía un cheque al finalizar el año escolar. Se pasó una mano por el cabello tirante atado en una cola de caballo y se sentó. La directora debía estar al tanto de lo que sucedía en su familia, como todo el Reino Unido. Pero no podía permitirse verse derrotada. Su hijo estudiaba en ese instituto y no quería hacer nada que lo contaminara aún más.

—Si quiere saber los detalles de la obra de teatro, llamó a la persona equivocada —comentó—. He tenido algunos problemillas y no he estado muy involucrada en el asunto —concluyó, acomodándose los puños de su camisa de diseñador.

Helena se quitó sus gafas de lectura y la observó penetrantemente con sus ojos amargados. Esa mujer era aterradora. Sintió un escozor en la espalda.

—No la he llamado por la obra, señora Truswell —respondió en un tono frío.

¡Joder! Recordó que Steve supo aconsejar a la directora que invirtiera sus ahorros en acciones. Y ella había tenido en cuenta su sugerencia. La directora Fleming había sido otra víctima de Sky Green. Las manos empezaron a sudarle.

—¿Ah, no? —Tragó saliva—. ¿Entonces por qué ha querido verme?

«Para escupirte en la cara», pensó que le diría.

—Quería recordarle que está atrasadas en las cuotas de Tom —dijo—. Este sería el tercer mes que no paga. El instituto necesita de las mensualidades de sus alumnos para sobrevivir.

«Sí, claro». La prestigiosa escuela no se iría a la quiebra porque Tom no estuviese al día en las cuotas. Había estado tan preocupada en pagar a sus empleados que se había olvidado del instituto de su hijo. Pero creyó que podían tener un poco de consideración dado a su situación y a que era la primera vez que se atrasaba, además si contaba con las donaciones que había hecho su marido, eran más que suficiente para pagar todos los años escolares de Tom. Malditos ingratos. Lo peor era que estaba tan apretada con sus deudas que no podía pagar. Sintió una angustia en el pecho.

—He tenido unos meses duros —se excusó—. Seguramente lo ha visto en las noticias.

La directora sonrió tensamente.

—No me hizo falta ver las noticias —replicó—. También fui una de las personas damnificadas.

Hizo una mueca. Buena metedura de pata había hecho. Ella acababa de poner el dedo en la llaga. Por supuesto que la directora Fleming sabía de sus deudas.

—De verdad lamento que haya perdidos sus inversiones —y lo decía en serio—. No vi venir que Sky Green iba en picada. El socio de mi marido me dibujaba otro panorama de la empresa y de repente todo sucedió tan rápido...

—No me debe ninguna explicación, señora Truswell —la interrumpió—. Guarde sus palabras para la justicia.

—Nada de esto hubiera sucedido si Steve estuviera vivo —siguió.

—No me cabe duda de eso —repuso—. Y probablemente no hubiera perdido todos mis ahorros. ¿Cuándo planea abonar lo que debe? —preguntó tajante.

Ella empezó a sentirse tan pequeña e insignificante que quiso salir corriendo al no saber cómo solucionaría su penosa situación. Se aclaró la garganta.

—Había pensado pedirles una prórroga para abonar. Ya sabe... hasta que todo se acomode. Steve siempre fue tan generoso con el instituto —profundizó.

—Si no puede pagar señora Truswell, tendrá que cambiar a Tom de escuela.

—Pero Steve estudió en esta escuela —masculló, desesperada—. Tal vez podrían becar a Tom. Él tiene buenas calificaciones.

—Lo siento, pero no puedo hacer nada al respecto.

Claro que podía, nada más que no quería hacerlo. Ella estaba tomando represaría por la quiebra de Sky Green. ¡Pero Tom era un niño inocente y no tenía la culpa! Hizo un gran esfuerzo por sonreír.

—No puedo cambiar a mi hijo de escuela en la fecha del año que estamos —murmuró—. Las clases están por finalizar.

La directora Fleming alzó una ceja.

—Tal vez pueda pedir un préstamo al banco.

Evidentemente, ella le estaba tomando el pelo. Ningún banco le daría dinero en su situación financiera. Trató de no desmoronarse y humillarse más de lo que estaba haciendo. Irguió los hombros y levantó el mentón.

—Conseguiré el dinero y Tom terminará sus clases en este instituto —«de mierda»—. Si me disculpa, debo ocuparme de una obra de teatro que se estrenara en un mes —repuso como la intachable señora Truswell.

¿Acaso había oído bien? ¿La estaban sacando del club de padres? ¡Ella había sido una de las jodidas fundadoras del club! Respiró despacio e hizo de cuenta que no le afectaba.

—No es algo personal, señora Truswell —le dijo la zorra que siempre había querido ocupar su lugar.

Se pasó una mano por su tirante cabello oscuro, como lo hacía cada vez que no podía controlar una situación.

—Entiendo que en este momento mi imagen no es favorable para el instituto.

Ningún miembro dijo lo contrario al respecto. Malditos hipócritas. Bien que le gustaba oler su trasero cuando era la respetable señora Truswell. La mandíbula ya le estaba empezando a doler por tanto esforzarse en sonreír.

—Podrás volver a ser miembro cuando toda tu situación se calme —añadió Kim, mientras peinaba una de las pelucas para la obra de teatro.

Ella siempre se había ocupado de los eventos para recaudar dinero. Y no existían eventos como los que organizaba Sofía Truswell. Ellos iban a arrepentirse. Jennifer, la madre de un compañero de Tom, quien siempre quería que su hijo interpretara al personaje principal de las obras, le devolvió la agenda donde ella apuntaba las reuniones del club de padres.

—Ya no necesitaremos de esto —le dijo—. Debido a tu salida, hemos marcado nuevas fechas.

No iba a llorar adelante de esas mujeres que no mucho tiempo atrás había creído que la consideraban indispensable para el club. ¡Qué equivocada estaba!

—Esperamos que no lo tomes a mal Sofía, —agregó Kim— pero si los padres de los otros alumnos se enteran que tú eres la que recauda el dinero, lo más seguro es que no donen un centavo.

Tragó saliva para desatar el nudo que tenía en la garganta.

—No soy una ladrona —les aclaró—. Y no tengo la culpa de lo que sucedió en la empresa de mi marido.

Jennifer dejó en el suelo la utilería que utilizaría para armar el castillo para la obra del cascanueces que los alumnos iban a interpretar, y la miró irónica.

—¿Ah, no? ¿Pero tú no eras la directora de Sky Green, cielo? —replicó, maliciosa.

—¿Vas a llorar? —inquirió Kim.

—¿Qué? —Agitó una mano en el aire—. ¡No! —Exclamó—. Les deseo mucha suerte con la obra.

Giró los talones y desapareció del escenario. Se detuvo detrás de las pesadas cortinas púrpura y respiró hondo. Ella solo quería desaparecer. Frunció el ceño cuando oyó murmurar a sus antiguas compañeras del club de padres:

«¿Creen que es culpable?», preguntó una.

«Inocente no creo que sea», respondió Jennifer.

«Debe ser terrible que todo el mundo te señale con el dedo», dijo otra.

«Pero peor es para esas personas que han perdido todo su dinero».

Todas hicieron un coro en que estaban de acuerdo con el último comentario.

«Y ella siempre ostentando con su apellido y creyéndose mejor que todas nosotras».

Se quedó boquiabierta. ¡Eso no era cierto!

«¿Mejor que nosotras? Siempre fue una arribista. De lo contrario, no se hubiera casado con un hombre que le lle-

vaba más de treinta años», sostuvo la zorra de Jennifer.

«Ellos parecía que se querían cuando estaban juntos», murmuró Kim.

¡Por supuesto que amaba a su marido!

«Te apuesto a que Tom ni siquiera es hijo del señor Truswell», replicó Jennifer.

Tom era una calcomanía de Steve. Cualquier persona podía notarlo. Apretó los puños para contener su furia y no ir tras ella para arrancarle sus extensiones de pelo. Si no tuviera a la justicia pisándole los talones, ella lo hubiera hecho. No podía permitirse que Tom tuviera una madre en prisión. No pudo contener las lágrimas en los ojos y corrió hacia el coche para que nadie la viera llorar. Cerró los ojos y apoyó la frente contra el volante. Ella estaba derrotada.